

Tres lecturas sobre la depredación del ecosistema. El caso de Colombia¹

Autor: Bernardo Congote Ochoa*

Coautor: Eladio Rey Gutiérrez**

Resumen

La depredación del ecosistema puede analizarse desde varios ángulos. El documento desarrolla tres de esas lecturas, a saber: primera, una de corte netamente estructuralista, que toma herramientas de la teoría económica básica, otra, que descansa en las contradicciones socio económicas propias de la producción y tráfico de drogas psicoactivas entre países menos y más desarrollados, y una tercera, basada en un diagnóstico ideológico religioso de las relaciones existentes entre una filosofía occidental tipificable como “depredadora” y varios prejuicios que someten al ser humano a suposiciones escatológicas que le inducirían, pasivamente, a justificar su indiferencia frente al presente o futuro del planeta y, activamente, a destruir el ecosistema. En síntesis, se trata de aportar algunos elementos racionales para explicar el uso de creencias irracionales aplicadas tanto al diagnóstico como al tratamiento del fenómeno depredador del ecosistema.

Palabras clave

Ahorro, Catolicidad, Conservación, Consumo, Creencias, Depredación, Economía, Ecosistema, Irracionalidad, Narcotráfico, Terrorismo.

Abstract

The growing ecosystem depredation should be analyzed through diverse points of view. The document intends to elaborate three of them. First, the structuralist one, observing the phenomena under some basic economical theory elements; second, by checking some of the socioeconomic contradictions which are involved in the traffic of psychoactive drugs between developed and underdeveloped countries; and third, by the way of elaborating a cultural diagnosis of the relationships between an actually typified as “ ecological depredation philosophy ” and several religious prejudices which set down the human being depending upon scatological suppositions of human destination and by the way, justifying passively a point of view certain indifference in front of the Earth planet present or future and actively specific depredatory actions. Actually the article intends some rational explains to generally irrational believing used as in diagnosis as therapy of ecosystem depredation phenomena.

Key words

Believings, Christianity, Conservation, Expenses, Depredation, Economics, Irrationality, Ecosystem, Narcotraffic, Savings, Terrorism.

Introducción

“La ignorancia (sobre) las formas de actuar de la naturaleza condujo a los antiguos a inventar dioses que dominaban cada uno de los aspectos de la vida humana”
(Hawking, 2010; 23)²

Actualmente tienden a crecer a la par tanto la conciencia como los datos confiables sobre la depredación del ecosistema. Por lo mismo, resulta de rigor afrontar racionalmente el problema, ahora que la ciencia permite hurgar terrenos que antes estaban monopolizados por meras creencias en torno a los fenómenos de la naturaleza. El artículo se propone enlazar tres lecturas

¹ El artículo es fruto de una serie de observaciones documentarias iniciadas hace ya algunos años, buscando sus autores explicaciones de la irracionalidad que impera en el diagnóstico y tratamiento del fenómeno depredador del ecosistema.

* Profesor de Planta, Facultad del Medio Ambiente y Recursos Naturales, Universidad Distrital FJC. Maestría Ciencia Política (Universidad de los Andes, Bogotá), Economía (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá).

**Economista. Msc en Ciencias Ambientales. Docente del Proyecto Curricular de Gestión Ambiental y Servicios Públicos de la Universidad Distrital FJC.

² A no ser que se note lo contrario, las notas entre paréntesis añadidas a las referencias, son del artículo.

sobre el problema, las dos primeras a la luz de la teoría económica y la tercera, por la vía de una filosofía de las relaciones existentes entre la red de valores de la cultura cristiana, y la actitud política de algunos ciudadanos y Estados confesionales, en relación con la conservación del ecosistema.

El artículo explora el caso de Colombia, advirtiendo que los expertos se quejan de la carencia de datos específicos sobre el sistema ecológico en los países de menor desarrollo. Por esta razón, este enfoque carece todavía de algunos elementos técnicos disponibles para estudiar el propio caso colombiano y, eventualmente, extender sus inferencias a otros países semejantes. De hecho hasta 2007, por ejemplo, no se poseían aún datos confiables en relación con los cambios físicos y biológicos de la temperatura de la superficie de un terreno en la serie disponible entre 1970-2004, tomada de una selección de más de 500 estudios confiables (INTERGOVERNMENTAL PANEL FOR CLIMATE CHANGE (IPCC), 2007:5). Ello no obsta para que, en particular, la lectura sobre los factores depredadores del tráfico de drogas psicoactivas, utilice los datos disponibles, dado que este sub tema se halla, en algunos casos, sobre diagnosticado.

La hipótesis central, descansa en proponer que dada la poca importancia que se les está dando a las razones estructurales de orden económico (teorías y modelos) para explicar la creciente depredación del ecosistema, pueda ser válido incorporar a la discusión explicaciones de orden cultural ideológico, para armar un cuadro más complejo cercano, por tanto, a la realidad. Con otras palabras, en la medida en que la racionalidad económica no está siendo admitida como modelo explicativo del problema, paradójicamente se haría forzoso acudir a la irracionalidad propia de ciertas creencias, para aproximarse a una comprensión racional del fenómeno en una especie de demostración por el absurdo.

La lectura estructuralista

A comienzos de los 70 era ya válida la pregunta acerca de por qué podría resultar inútil esperar que los campesinos minifundistas protegieran su propio medio ambiente (Congote, 1972). Proponía entonces especular acerca de que en tanto el campesinado trabajara con base en un sistema minifundista para garantizar sólo la supervivencia familiar, en lugar de ejercer su actividad involucrado por dentro de las fuerzas del mercado, sería inútil esperar que conservara sosteniblemente los recursos naturales. Todo porque el campesino minifundista es actor de una paradoja según la cual, su propia supervivencia depende de la destrucción de su hábitat, si bien es cierto que paradójicamente actúa bajo unos patrones de racionalidad que no

se observan en el ámbito urbano. Con otras palabras, en medio de la crítica acerba que suele recibir el papel del campesinado, podría demostrarse que su incidencia absoluta tanto como relativa en la depredación, terminaría favoreciéndole una vez comparada con la que ejerce el habitante de zonas urbanas.

En su modelación económica, el fenómeno es moralmente neutro. Por ello resultaría inútil pretender que el problema se pueda resolver generando culpas contra el campesinado por la destrucción de los recursos naturales o desarrollando campañas formales que no tocan el necesario rompimiento de las ataduras estructurales propias de su precario modo de producción, siendo cierto, sin embargo, que "... la capacidad humana para sentirse culpable [ha sido inducida de forma tal] que siempre podemos hallar formas de acusarnos a nosotros mismos" (Hawking, 2010: 23).

Dado lo anterior, el campesino minifundista al tiempo que percibe muy bajos ingresos efectivos debido a los relativamente bajos precios de los productos excedentes que lleva al mercado, por necesidad orienta su función económica al consumo más que al ahorro. Por ello puede asumirse válido que siendo los recursos naturales de su hábitat una parte del ingreso que recibe, al ser su ingreso total relativamente bajo, está obligado a gastar antes que a ahorrar, de modo que depredar los recursos naturales de su entorno constituye una de sus maneras de gastar la parte de su ingreso que podríamos llamar "en especie". Actuando de esta forma, confirma el principio de la Propensión Marginal a Consumir, según el cual en la escala de ingresos de bajo estrato el consumo tiende al 100% al contrario de lo que ocurre entre los ingresos de estrato alto. De manera llana, este fenómeno le daría paso a la tautología de que los pobres son pobres porque consumen, mientras los ricos lo son porque ahorran.

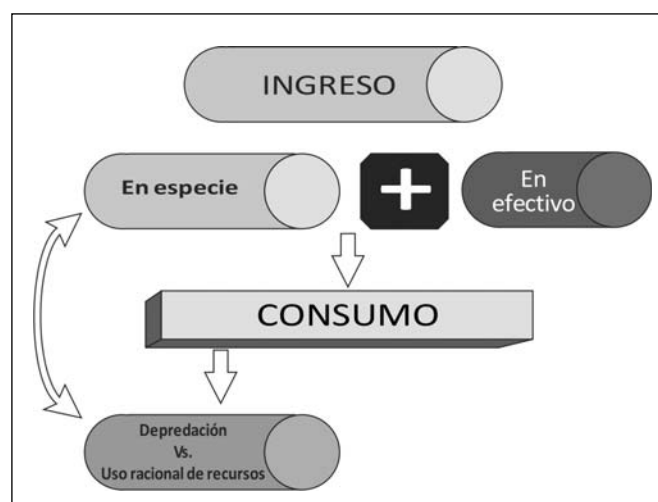


GRÁFICO No.1 Funciones económicas de la economía campesina minifundista

Artículos

En paralelo haya sustento la hipótesis de que la depredación creciente de recursos naturales, pueda encontrar otra de sus razones en la creciente urbanización, inducida, precisamente, por la inestabilidad y degradación de las condiciones minifundistas de producción en las zonas rurales (Congote, 2004). Ello significaría que la depredación del ecosistema comprometa cada vez más la responsabilidad de los habitantes de los grandes centros urbanos, razón por la cual en este proceso no habría ciudadano que pudiera alegar a su favor inocencia alguna.

La responsabilidad urbana.

Desde la óptica global, un modelo sistémico explicativo obligaría a tomar en cuenta el impacto que ejercen, sumados, buena parte de los habitantes urbanos del hemisferio norte gracias a modos de vida inspirados en la economía del bienestar, que ha conducido a emplear tecnologías depredadoras del hábitat para satisfacer cada vez más crecientes demandas de energía y alimentos. En relación con este fenómeno, por ejemplo, la desbordante ola del etanol requiere ya de estudios ponderados que permitan enriquecer el diagnóstico de su impacto ecológico. Lo anterior porque se percibe la existencia de presiones singulares sobre los precios de los insumos agrícolas empleados para purificar los combustibles induciendo, por una parte, amenazas inflacionarias generales y, por la otra, mostrando cómo determinadas acciones formalmente conservadores del ambiente pueden conducir a agudizar su depredación. De esto hay pruebas en Colombia en las zonas productoras de caña de azúcar y las crecientes áreas dedicadas a producir palma africana, forzando en este último caso, a disminuir ostensiblemente el área cultivada o cultivable para alimentos como el arroz, el azúcar, el plátano y otros básicos para la alimentación, sin acogerse siquiera a normas mínimas ecoambientales (Hurtado, 2011).

Se podría sumar al argumento anterior el fenómeno de las tierras raras. Planteamientos ponderados sugieren que la explotación de este tipo de tierras, concentrada probadamente en China, India, Malasia y Brasil y con reservas en Sudáfrica, Rusia, Australia, Canadá, Estados Unidos y Groenlandia, está aumentando el riesgo ecológico, paradójicamente para construir elementos propios de la industria verde predominantemente urbana, como son, a saber: baterías de vehículos híbridos, paneles solares, turbinas eólicas que se construyen con metales calificados como “dopantes”³ (Zajec, 2010).

3 Estas tierras contienen neodimio, lutecio, disprosio, europio y terbio.

Expertos ambientalistas contribuyen a confirmar estas hipótesis cuando arguyen demostrable, por ejemplo, que la destrucción de las cuencas hídricas por parte del campesinado, podría resultar estadísticamente despreciable frente a la magnitud y la tendencia depredadora, inducida por un modelo de bienestar que consume de manera ilimitada recursos fósiles insustituibles y cuyos costos deben ser atribuidos exclusivamente a la mano del hombre. No otra es una de las conclusiones derivadas de las discusiones de las cumbres de Río y Kyoto y, por ende, que explicarían la que se ha denunciado perjudicial y a la vez suicida la reticencia de los Estados Unidos a sumarse a estos acuerdos globales (Gühl, 1997: 4, Samper, 2010). A este diagnóstico contribuye Klisberg, al anotar de qué manera

“... los países ricos son los principales productores de los gases de invernadero. Se calcula que EE.UU. es responsable del 20% de las emisiones de CO₂ y Europa Occidental del 27%. Los países pobres no tienen incidencia comparable. Sin embargo, son ellos los que pueden sufrir las consecuencias más graves (afectando entre Asia y África a 1.250 millones de personas)” (Klisberg, 2007; IPCC, 2007: 10,11).

Así mismo, el cuarto reporte del IPCC añadía que a mediados del siglo XXI, los ríos de latitudes altas y tropicales húmedas aumentarán su caudal entre un 10 y un 40%, mientras aquellos ubicados en zonas de sequía disminuirán entre un 10 y un 30% afectando vastas zonas agrícolas tropicales.

También forma parte de esta lectura observar cómo en regiones estacionales, el sobrecalentamiento de la primavera está generando un reverdecimiento atípico en la flora, induciendo aumentos en cosechas de altas latitudes. Y de la misma forma, el diagnóstico genera alarmas en relación con las alteraciones significativas del ecosistema, producto del incremento en los incendios forestales, las muertes por altas temperaturas en los veranos europeos, así como la declinación de los llamados “deportes de invierno”. Deducir el IPCC que “el ser humano está produciendo daños que evidentemente no pueden atribuirse a fenómenos inherentes al proceso biofísico terrestre”, lo que le abre paso a la lectura cultural que propone este artículo (IPCC, 2007: 3, 4, 12,13).

En paralelo, cabe tomar en cuenta propuestas de acuerdo con las cuales cuestiones como la del cambio climático, deban ser analizadas a la luz de otro marco conceptual y gestionadas con una lógica diferente.

“Se trata de un bien público de los que calificamos como externos al mercado. Se habla de bienes externos cuando el consumo o la producción de un bien afecta a otro sin que esto sea percibido por el mercado. En tanto que bien público, el clima tiene la propiedad de la no rivalidad (todo el mundo se beneficia de un clima estable), pero no es tan evidente su

Cuadro No. 1. Impactos debidos a alteraciones extremas producidas por el hombre sobre la temperatura, el clima y los niveles del mar durante el siglo XXI

Tendencias	Probabilidad	Impacto agrícola	Impacto sobre recursos de agua	Impacto sobre salud humana	Impacto industrial
Aumento de temperatura en días y noches en la mayoría de los países	Virtualmente cierto	Aumenta productividad en zonas frías; disminución en zonas cálidas; aumento de insectos	Deshielos; incremento en tasas de evapotranspiración	Aumento de mortalidad explicada por enfriamiento de temperaturas	Disminuye demanda de energía de calentamiento; aumento en la de enfriamiento; peor calidad del aire urbano; menos interrupciones debidas a nevadas; turismo de invierno afectado.
Aumento en la frecuencia de olas de calor en casi todas las zonas	Muy probable	Reducción de cosechas en climas cálidos; aumento en incendios forestales.	Aumenta demanda; problemas de calidad de agua	Aumenta riesgo de mortalidad por calor en poblaciones vulnerables	Peor calidad de vida en zonas cálidas sin apropiada vivienda; impacto sobre poblaciones muy jóvenes, ancianas y empobrecidas
Aumento en la frecuencia de altas precipitaciones pluviales	Muy probable	Daños a cosechas; erosión en aumento; dificultades de cultivo por suelos inundados	Baja calidad en la superficie y zonas acuíferas medias; contaminación de las cuencas hidrográficas; escasez de agua	Aumento de riesgos de muerte, enfermedad, infecciones, daños en sistema respiratorio y piel, aumento en desórdenes postraumáticos	Interrupción en el flujo de mercancías debido a inundaciones; presiones sobre infraestructuras rural y urbana.

Fuente: IPCC WGII, 2007, Pg. 16 (se transcriben sólo las probabilidades “virtualmente cierta” y “muy probable”). Diseño del artículo.

no exclusividad (se pueden beneficiar quienes no hacen nada por él) y en esa medida no hay ningún aliciente en el mercado para perseguirlo. Todo lo más que tenemos es la débil garantía de que el cambio climático es percibido como un peligro real para el equilibrio a largo plazo de las economías y las sociedades. Con la crisis económica este requisito es más evidente. Hace falta más política que mercado y una política menos soberanista. El mundo en el que podían tener algún sentido las prácticas de la soberanía ha cambiado radicalmente en unas pocas décadas. Enfrentarse eficazmente al cambio climático nos exige ir hacia un mundo más cooperativo. Necesitamos una solución cooperativa, que sea científicamente sólida, económicamente racional y políticamente pragmática”. (Innerarity, 2010).

Lectura narcotraficante de la depredación

La trampa argumental.

El narcotráfico le ha caído como anillo al dedo al hemisferio norte, para excusar o disfrazar su responsabilidad en la depredación, debida a los costos que ha traído consigo mantener su cuestionable e insostenible modelo de bienestar. Esta trampa argumental ha permitido inculpar a los campesinos minifun-

distas, cocaleros o no, habitantes de los Andes, el Amazonas o Afganistán, al tiempo que se deja dentro del cajón la crítica a un modelo de vida urbana que cada vez aparece menos sostenible.

La trampa ha encajado tan bien, que a la tendencia norña por defender tozudamente un bienestar consumista, que incentiva la destrucción de recursos físicos y biológicos, se le ha sumado el eficiente mercado narcotraficante cuya demanda, anclada en la sociedad del bienestar, crea su propia oferta. Fenómeno que de paso encuentra un penoso aliado en las agriculturas empobrecidas por el minifundio y la desconexión entre el desarrollo rural y urbano que es propia de las regiones productoras de las bases para producir alucinógenos. Todo ello ha permitido que se olvide lo esencial y el globo se concentre en superficialidades cuyos costos, sin embargo, todavía están por dimensionarse.

El negocio de las drogas se lucra de una cultura agropecuaria, que ya era depredadora bajo el minifundismo, pero que viene a ser reforzada por las adicciones inducidas por la economía del bienestar. Por ello no puede aparecer ahora como el factor de causalidad de la depredación ya que, insistimos, ella

Artículos

ha sido inducida por los Estados Unidos, sus asociados de la Unión Europea y sus cómplices en los países productores del Tercer Mundo, todos ocultando sus erráticas decisiones políticas sobre este asunto. Evidencia de lo anterior se hizo notable en documento firmado, entre otros, por tres expresidentes latinoamericanos que, en su momento, fueron líderes actuantes de las políticas de choque patrocinadas por el Hemisferio Norte, las que, pasados ya varios quinquenios, no pueden evitar fácticamente su fracaso (Cardoso, 2009).

El narcotráfico y sus aliados.

Es probable que sociedades impactadas por la retórica judeo-cristiana tanto en el Norte como en Sur, hayan encontrado en su astuto maniqueísmo entre “buenos” y “malos”, un artificio para desviar la atención en relación con el diagnóstico y tratamiento apropiados al problema de la producción y tráfico de drogas psicoactivas. En este sentido, las creencias culturalmente imperantes en América habrían resultado aliadas excelentes, para evitar que sus dirigentes analicen con objetividad, los profundos factores económicos que están involucrados en el narcotráfico y, en paralelo, para no aceptar las críticas objetivas que surgen contra sus políticas fracasadas, reducidas meramente a la represión policial, aupada por la estrategia de los “planes antidrogas” auspiciados desde el norte. Al respecto, Thoumi ha afirmado recientemente que “(...) El punto es que hay factores estructurales, institucionales y culturales que han jugado papeles importantes, tanto para producir la violencia como para estimular las industrias ilegales, y... es preciso reconocer y estudiar estos factores”. (Thoumi, 2011).

Un estudio concluía en 2004, que “(...) la reducción de la oferta como estrategia para frenar el consumo de drogas no funciona y que EU al aplicar este concepto terminó afectando negativamente a los países donde la impuso” (Washington Office for Latin America (WOLA), 2004). Hace más de diez años, estos efectos sobre Colombia se diagnosticaban sólo en lo económico: a) existencia de un dólar negro más barato, inductor de una alta tasa de contrabando; b) los productores legales compiten con contrabandistas pagando aquellos el IVA mas no estos, lo que inducía en esos años un retraimiento anual del 1% en la producción industrial; c) esta misma hipótesis era aplicable a la agricultura, pues los jornales agropecuarios estaban disparados por la desigual competencia de la demanda de fuerza de trabajo; y d) la represión ejercida por el Estado sustrayendo recursos a la inversión social, generaba un daño estimado en esa época en 1% anual del PIB (Gómez, 1997). Sobraría precisar que actualmente ninguno de estos síntomas ha sido eliminado, sino que al contrario,

han caído en un proceso de degradación, agravado por las tensiones cíclicas que está generando en el primer mundo la economía globalizada.

Dado lo anterior, la predisposición cultural a mirar este problema usando eufemismos o sofismas, se ha agudizado comenzando el siglo XXI, cuando el narcotráfico termina utilizado a fondo por movimientos insurgentes, paramilitares o despóticos de Colombia, Ecuador, Bolivia o Venezuela, como mecanismo de financiación (Thoumi, 2011). Presentada como una táctica de medios y no de fines, ha servido para que todas las perversiones de la política represiva contra el narcotráfico se justifiquen, no importando que alguno de sus fines se alcance, de modo que hemos caído en un tiovivo destructivo por irracional.

En este escenario la fracasada “lucha antidrogas” readquirió fuerza comenzando el XXI, ya no como represora neta del narcotráfico, sino como herramienta militar de la política global norteamericana contra el terrorismo, disfrazada bajo el lema integrista de una presunta lucha del bien contra el mal. Estrategema que encontró durante los últimos ocho años un cómplice obsecuente y acrítico en el colombiano Álvaro Uribe, quien casó sin beneficio de inventario su llamada “política de seguridad democrática” con la “lucha antidrogas” y la “guerra contra los ejes del mal” orquestada por Estados Unidos.

Resulta frustrante, por tanto, seguirle el paso a las falacias explícitas e implícitas en las políticas públicas frente al narcotráfico. La profundización de esta epidemia a partir de la década de los años 80 del siglo XX, tuvo explicaciones diversas que, en el caso colombiano, giraron en torno a la existencia entre nosotros de condiciones objetivas que habrían facilitado su desarrollo, tales como: a) las condiciones de pobreza y atraso de la agricultura minifundista tradicional; b) la cultura depredadora del hábitat propiciada por la destrucción de recursos naturales para generar la energía que demanda el bienestarismo; c) las contradicciones sociales que inducen al fortalecimiento de la insurgencia y, por esta vía, el narcotráfico, convertido en medio excelente de su fortalecimiento económico; d) la proclividad rentista de la cultura criolla, que ha encontrado en el narcotráfico un aliado excelente para materializar sus sueños de dinero fácil y rápido dados los altos incentivos que produce sobre el mercado la política policivo-prohibicionista y e) la cobertura cultural cristiana, que ha enlazado al actual régimen con el integrismo estadounidense, oscureciendo mucho más el panorama analítico de la política (Thoumi, 1996, 2008, 2008a.; Garay, 1999).

El narcotráfico y el sistema de precios.

Resulta de rigor insistir en que la depredación ecológico-social inherente al narcotráfico, a diferencia de las prácticas sofistas en boga, posee explicaciones coherentes ligadas a la teoría económica básica sobre la operación del sistema de precios. Este enfoque se ha visto tan sospechosamente separado del análisis políticamente correcto que, por ejemplo, el Reporte Mundial de Drogas, preparado por Naciones Unidas en 1997, no hacía en alguna de sus 240 páginas centrales una sola mención seria sobre la incidencia de los precios en el problema. “(UN, 1997; Thoumi, 1996. 2011). El hecho de que la frontera agrícola tradicional haya sido rota de manera persistente por estos cultivos, hasta penetrar zonas ecológicamente limpias y extendiendo las fronteras de colonización tradicionales, no está explicado sólo porque la fumigación de cultivos ilícitos expanda la frontera. Este sofisma se ha probado contra evidente, dado que las fronteras ya se habían expandido antes de la fumigación, estimuladas por la ventajosa relación costo-beneficio del tráfico prohibido de psicoactivos, dentro de la cual aparece como costo rentable romper la frontera agrícola. En este sentido, la política depredadora de los parques nacionales de Colombia auspiciada fuertemente por el régimen Uribe, ha constituido otro paso involutivo que confirma la tendencia a evadir una solución racional del problema. Con otras palabras, para llamar a las cosas por su nombre, entre 2003 y 2004, las hectáreas cultivadas en estos parques pasaron de casi 4.000 a 5.000, no por el éxito de la fumigación en zonas tradicionales, como se alega, sino porque la fuerza de los precios de un producto final prohibido, hace rentable atacar zonas de reserva antes vedadas.

Un escrito senatorial en Estados Unidos demostró la existencia de tendencias a la baja en el precio minorista de la cocaína. Pero debe cuidarse la asociación entre una baja en los precios finales y una baja en las utilidades, dado que, como se trata adelante, los márgenes costo-beneficio alcanzan niveles superlativos, siendo posible que altas ganancias resulten compatibles, inclusive, con bajos precios finales (Grassley, 2007). Con otras palabras, si el sistema de precios continúa generando incentivos a la depredación, gracias al patrón prohibicionista imperante, cuando por ejemplo se llegue a fumigar los parques nacionales, el negocio seguirá extendiéndose a otras zonas de la frontera agrícola y, otra vez, la estrategia represora quedará invalidada.

Tomando algunos resultados del Informe Mundial de Drogas de la ONU (2004), surgen relevantes los siguientes fenómenos: a) un incremento del consumo en 42 países y reducción en 13; b) una cuarta parte del mercado es ahora

europeo (lo que permite entender que las distancias cada vez mayores entre productores y consumidores, son salvables gracias a los altos precios y rentabilidades del negocio); c) Colombia produce el 70% de la hoja de coca y el 90% de la pasta de las que se incauta el 30% (disminución en la oferta que, como mínimo, contribuye a mantener estables los precios); y d) el mercado tiende a estabilizar la producción en el largo plazo (Rangel, 2005).

Algunas falacias.

Estados Unidos y sus aliados, insisten en sostener la política represiva contra la producción y, de paso, hostigan la entrada o vida interna de los inmigrantes. Ello explicaría por qué también la respuesta europea al problema haya tenido el mismo perfil, a pesar de que las acciones contra la inmigración lesionan sus perspectivas productivas afectadas por el envejecimiento de su fuerza de trabajo (DIARIO EL TIEMPO, 2000). De esta manera nos aproximamos a entender la dificultad de que en países que se precian de ser padres de la Ciencia Económica, a estas fechas ninguna de las teorías económicas fuertes contradictorias de la represión, haya tenido algún éxito en el reajuste de las políticas públicas involucradas en el problema. Ello explicaría por qué se ha soslayado el hecho de que, por ejemplo, los ingresos de la producción colombiana puesta en los Estados Unidos frente a los ingresos brutos del negocio se estimen, conservadoramente, en proporción de 1 a 4. Si este sólo hecho fuera tomado en cuenta, se entendería que a Colombia está regresando sólo uno de cada cuatro dólares de las utilidades estimadas, mientras el 100% de las acciones de choque están concentradas en Colombia, no en Estados Unidos.

Por eso mismo tampoco se formula la pregunta ni, por tanto, se responde, acerca de en manos de quién o quiénes en Estados Unidos y Europa quedan los restantes tres dólares de las utilidades del negocio. Un reporte global al respecto, mencionaba que “(...) de acuerdo con las Naciones Unidas, con el riesgo de aparecer inflado el dato, la industria ilegal de drogas estaría en el orden de los 320.000 millones de dólares anuales”. Aplicando el dato, si la coca producida en Colombia fuera del 50% y Colombia continuara proveyendo el 60% de la misma quedándose con el 25% de los ingresos brutos, si las utilidades fueran, por ejemplo, del 50%, la generación mafiosa del PIB valdría aproximadamente USD \$24.000 millones anuales (10% del PIB 2009) buena parte de los cuales se estarían legalizando internamente (THE ECONOMIST, 2009. DANE, 2010. Cálculos del artículo)

Ignorar estos hechos que demuestran el fracaso de las políticas de choque por parte de sociedades que se han ganado

Artículos

el apelativo de “económicamente cultas”, constituye uno de los más graves obstáculos tanto a una solución adecuada del narcotráfico, como de sus perversos efectos depredadores sobre el ecosistema. Un artículo de The Economist, proponía en 2009 cómo

“... el precio de una sustancia ilegal está determinado más por el costo de distribución que por el de producción. En el caso de la cocaína el bache entre el precio productor-consumidor puede multiplicarse por cien. Si llegare el caso de que un productor cuadruplicara el precio de la hoja de coca, ello tendría muy bajo impacto sobre el precio callejero que está fijado, ante todo, por el riesgo de colocar la cocaína en mercados (prohibitivos) de Europa o Estados Unidos”. [Más adelante, se lee que] “... el precio callejero de la droga en Estados Unidos parece estar subiendo mientras la pureza está cayendo durante el último año. Pero no es claro que la demanda caiga cuando los precios suben...”, (....,2000)

El hecho anterior, que confirma la fuerte inelasticidad precio de la demanda por drogas y, por tanto, garantiza que en la medida en que las prohibiciones suban el costo de distribución, se elevará así mismo el precio, pero nunca castigando al volumen distribuido ni, por tanto, las ganancias de los distribuidores. (THE ECONOMIST, 2009).

La falacia de los cultivos sustitutos.

Si aceptamos válido un dato de The Economist, en el año 2000, el precio de un gramo puro era de USD140 (USD\$140.000

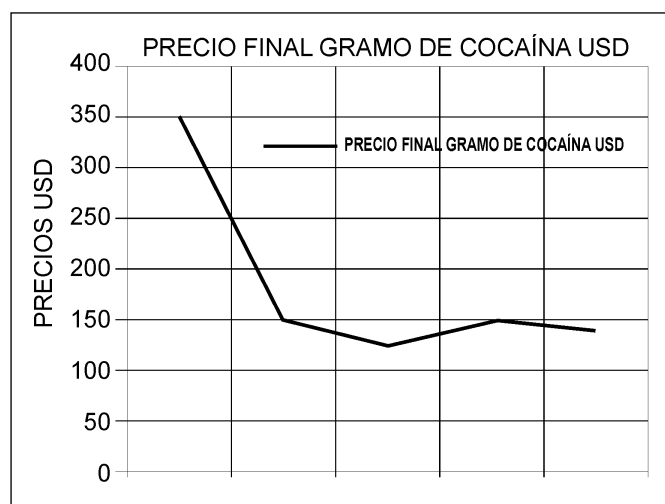


Gráfico No. 2. Evolución Quinquenal Del Precio Final Del Gramo De Cocaína En Estados Unidos (1985-2005)

Fuente: Serie 1985-2000 (Cairncross,2001: 7). Fuente: The Economist, Fuente: Serie 2005: (WOAL, 2007) (La velocidad quinquenal de disminución, se puede estimar en menos 60%. Cálculos del artículo).

kilogramo). Esto significa que con un dólar a \$2.000 pesos, el precio al detalle de un kilogramo de cocaína en Estados Unidos equivaldría en ese año aproximadamente a 280.000 veces el precio al detalle de un kilogramo de yuca en el mercado de Colombia (\$1.000 pesos). Sin embargo este contundente hecho, en absoluto se toma en cuenta para mostrar el grado de ridiculez implícito, en esperar que el de yuca aparezca como uno de los cultivos llamados “sustitutos” de la hoja de coca, merced a la “política antidrogas” aplicada sobre las zonas productoras del país (Cairncross, 2001).

Examinando el comportamiento del precio final de la coca entre 1985y el 2005, se aprecia que se encuentra disminuyendo a una tasa quinquenal del 60%, pasando de USD350 a USD 135 (Ver Gráfico No.2). El gráfico permite apreciar que con excepción del quinquenio 1985, el gramo de coca se ha mantenido a un nivel estable, ligeramente por debajo de los 150 dólares, de modo que el multiplicador del precio coca pura vs yuca se mantendría en promedio ligeramente por debajo de los 300.000 puntos. La irracionalidad protuberante de la “política sustitutiva” queda expuesta al desnudo, al pretender que los campesinos cultivadores de hoja de coca perciban mejor sustituirla por yuca, “porque” ésta se vende hoy a un precio 300.000 veces inferior. La reticencia campesina a tragarse este cuento, termina confirmando que los campesinos iletrados que continúan sembrando coca, demuestran ser mucho más inteligentes que sus gobernantes, razón por la cual estas acciones sólo pueden imponerse mediante el incremento en el gasto militar. De modo que el presunto “ahorro” que les trae consigo a los campesinos esa falacia, termina siendo cero, una vez que se le suman a sus beneficios los ingentes costos económico-militares del ejercicio.

El subcaso afgano.

La resistencia a los datos y el imperio de las falacias, tiene expresión probatoria también en Afganistán. Habiendo terminado el año 2010, los funcionarios afganos han reportado que el precio del opio multiplicó por 3 los ingresos de 1,7 millones de agricultores, cuyo aporte al PIB nacional equivale al 53% cubriendo el 93% del mercado mundial de heroína. En correspondencia, el viceministro del ramo pretende ofrecer incentivos para que se aumente el cultivo del trigo, ignorando voluntariamente que los precios futuros del trigo en el lapso Marzo-Septiembre 2011 sugieren un crecimiento de apenas el 1,2% en la Bolsa de Chicago. Aquí también las creencias norteamericanas sobre la guerra en Afganistán, se imponen sólo por la fuerza, dado que es imposible demostrar que un 300% del incremento del precio del opio, es peor para los agricultores que el incremento del 1,2% en el precio del

trigo. Si a pesar de lo anterior, los creyentes quisieran seguirse imponiendo sobre los fácticos, afirmando, por ejemplo, que sería mejor que allí se cultivara maíz, los precios esperados de este grano para 2011, anuncian una baja del 16% en el lapso marzo – diciembre. (Scott, 2011; SEMANA, 2011; CHICAGO, 2011. Cálculos del artículo).

Pero eso no es todo. En el evento de que una política sustitutiva impuesta por la fuerza tuviera éxito en Afganistán, los expertos auguran que ello sólo ocurriría después, dentro de 10 a 15 años. En paralelo, en una conferencia sobre la droga, el jefe del servicio federal antinarcoóticos de Rusia, estimó el monto actual del cultivo de opio en Afganistán en 65 000 millones de dólares, de los cuales solamente 500 millones van a los cultivadores afganos (0,008%), 300 millones a los talibanes (0,05%) y los 64 000 millones restantes (99%) van a la «mafia de la droga» distribuida entre Rusia, Estados Unidos y Europa. (SCOTT, Cit.).

La suma de tantas falacias obliga abrirle paso a la pregunta de fondo: ¿cómo sostener una estrategia que pretende sustituir militarmente, los efectos que produce un sistema de precios, de acuerdo con el cual, millones de agricultores funcionan gracias a que la correlación del incremento en los precios de las drogas multiplica por cientos los precios de sus productos básicos? ¿Cuánto tiempo más será sostenible esta mentira? ¿La respuesta depende de los hechos o, al contrario, de factores culturales del tipo que pretende explorar este artículo?

¡Ah! ¿Y las “ayudas”?

Justificando la ayuda norteamericana, en el año 2.000 el entonces presidente Clinton afirmaba que

“Colombia es un microcosmos en donde la alianza entre guerrilla, narcotráfico [cuyo consumidor más denso es Estados Unidos], traficantes de armas [uno de cuyos proveedores es Estados Unidos] y organizaciones criminales [buena parte de cuyas matrices opera en Estados Unidos] simbolizan una nueva faceta adoptada por los enemigos de los Estados que se impondría en el siglo XXI”. [Y añadía sin inmutarse, que] “... (Esta ayuda del Plan Colombia tenemos que aprobarla) porque hay mucho en juego y es muy importante para la estabilidad a largo plazo de nuestro país”. (Clinton, 2000).

La sucesión indetenible de este tipo de sofismas muestra que están en la palestra como herramientas útiles, para que las élites comprometidas entre productores y consumidores de psicoactivos, oculten su protuberante fracaso e incapaci-

dad, para aceptar que la política represiva pueda imponerse sobre la racionalidad económica (Thoumi, 2008).

La política antidrogas que formuló Estados Unidos como Plan Colombia, fue tasada al comienzo en la suma de 1.600 millones de dólares en ese mismo año 2000, suma equivalente entonces al precio de la venta de tan sólo 11 toneladas de cocaína puesta en el mercado de Nueva York. Pongámonos en la situación teniendo en cuenta que si la producción anual de Colombia estimada en la década en alrededor de 600 toneladas, el Plan Colombia presentado como solución del problema, significó derrochar el equivalente a sólo el uno coma ocho por ciento (1,8%) del valor total de dicha producción en un año (sin tomar en cuenta las incautaciones). De esta forma un decomiso que fue calificado como “el históricamente más grande” de cocaína pura hecho en Colombia, estimado en 13 toneladas, apenas equivaldría a retener en el mercado el valor total del Plan Colombia de un año (Thoumi, 2008: 183; DIARIO EL TIEMPO; 2007).

A manera de paralelo, vale citar que en medio de este mare magno global, Estados Unidos también se equivoca en Afganistán. Datos recientes muestran que ha invertido cerca de 2.000 millones de dólares en los pasados seis años en 16.000 “proyectos humanitarios”, logrando como objetivo central que, una vez en manos de los afganos, esos proyectos terminen convertidos en ruinas. A pesar de ello, toda una organización de soporte, denominada Programa de Respuesta Emergente, equivalente al Plan Colombia, pretende darle demagógicamente a los afganos “... herramientas para construir y sostener un futuro estable” (WASHINGTON POST, 2011)

El problema ambiental en sí.

Cabe añadir una sucinta reflexión en torno al problema ambiental consistente en comparar la evolución del área sembrada de hoja de coca versus los ingentes recursos derrochados en atacarla. Un debate surgido en Colombia a mediados de 2008, condujo a que siendo evidentes las cifras que tanto el gobierno de los Estados Unidos como la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD) emitieron al corte de 2007, mostrando el fracaso de la disminución en el área cultivada, el gobierno de Colombia canceló el contrato con la ONU para que siguiera administrando el Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI). Siendo ésta una de las fuentes de la controversia, la decisión del gobierno colombiano comprobó otra vez el sofisma según el cual “cuando los hechos no se acomodan a mis creencias, hay que modificar los hechos”, ocurrido lo cual, lo más conveniente resulta matar al mensajero.

Artículos

Veamos las cifras:

Cuadro No. 2. Colombia. Número de hectáreas de cultivos de coca sembradas y erradicadas (estimaciones 1990-2007)

Año	ONUDD(i)	EE UU (ii)	Hectáreas erradicadas	
			Total (iii)	Manual (ii)
1990	40100	40100		
1991	37500	37500		
1992	37100	37100		
1993	39700	39700		
1994	44700	45000	4904	
1995	50900	50900	25402	
1996	67200	67200	22576	
1997	79400	79500	44123	
1998	101800	101800	69155	
1999	160100	122500	44158	
2000	163300	136200	61568	
2001	144800	169800	95897	
2002	102000	144450	153126	
2003	86000	113850	137033	
2004	80000	114100	142786	10991
2005	86000	144000	170752	31285
2006	78000	157200	213371	42111
2007	99000		219529	66396

(i) Cifras de varios números del Informe Mundial de Drogas que se encuentra en la página web de ONUDD

(ii) Cifras de varios números del International Narcotics Strategy Report publicado anualmente por el Departamento de Estado. Las series, sin embargo, son distintas en la publicación de diferentes años. Estos cambios, según los autores, responden a que consideren tener información más actualizada.

(iii) UNODC, World Drug Report (2007)

Fuente: THOUMI, 2008 a

Estos datos permiten inferir, entre otras cosas:

- a) Que entre 2002-2007 (período del gobierno Uribe) a pesar de que, según el SIMCI, las hectáreas sembradas muestran una disminución solo marginal (menos 2,9%), las erradicadas habrían subido un 43% pero la producción no mostraría efecto alguno.
- b) Que las mismas cifras calculadas por Estados Unidos, indican un crecimiento del 8,8% en las sembradas, explicando mejor el papel constante de Colombia en la oferta, si bien no se conoce que nuestro gobierno le haya “cancelado el contrato” al de Estados Unidos.
- c) Que la producción potencial de coca colombiana en toneladas, que era de aproximadamente de 600 en 2002, habría sido muy semejante en 2007 a pesar de toda la parafernalia policiva existente alrededor de la erradicación manual y la aspersión química⁴.
- d) Que frente a la situación de 1990, estaríamos sembrando hoy un 146% más hectáreas (ONUDD) ó un 292% más según el SIMCI para producir lo mismo, afectándose tal vez la productividad unitaria más no la oferta total.
- e) Que todas las fuentes contribuyen a fortalecer una de las hipótesis de este artículo, relacionada con la conexión entre narcotráfico y depredación del ecosistema, dado que buena parte de las zonas erradicadas, se recuperan en zonas de frontera agrícola anteriormente vírgenes.

Lectura ideológico – religiosa de la depredación

“La consistencia entre cambios observados y modelados y las observaciones aeroespaciales sobre regiones... son suficientes para concluir con alto nivel de confianza que el calentamiento inducido por el hombre en las últimas tres décadas ha tenido una clara influencia tanto en los sistemas físicos como biológicos [del planeta]”.

(IPCC, 2007: 4)

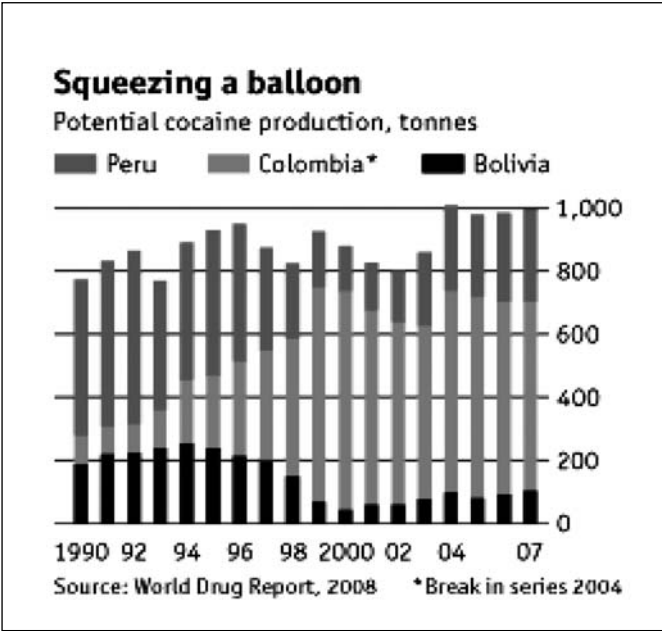


Gráfico No. 2. Toneladas métricas producidas en Colombia, Perú y bolivia (estimaciones 1990-2007)

Fuente: The Economist, 2009-03-05. On the trail of the traffickers (México)

4 “... (estos) terminan siendo números políticos que muchas veces son incoherentes. Por ejemplo, si en cada uno de los últimos 9 años Colombia erradicó más coca de la que había sembrada, ¿de dónde salió la coca para producir la cocaína?” (THOUMI, 2011).

*“A ti llamamos los desterrados
hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo
y llorando en este valle de lágrimas”.*
(“Salve” -Oración del Misal Romano Diario Católico,
Extracto).

.....
*“Así pues, en el debate sobre políticas de drogas
es necesario estar preparados para forzar la discusión
de ... temas emocionalmente incómodos.”*
(Thoumi, 2011)

En un ensayo de 2005, Habermas se proclamó adherente del liberalismo político en su variante específica del republicanismo kantiano. Dicha variante aparece, en sus palabras, concebida “(...) como una justificación no religiosa(...) de los fundamentos normativos del Estado democrático constitucional”. La afirmación estaba anclada en otras propuestas habermasianas que apuntan a que “(...) los fundamentos normativos (del Estado puedan) depender... de tradiciones éticas... vinculantes a escala colectiva, ya sean ideológicas o religiosas” (Habermas, 2005: 1,2). A esta formulación filosófico política, que contribuye a ponderar el valor de la religión como elemento también explicativo del comportamiento social, vale sumarle las conclusiones contundentes que proponen los estudiosos del deterioro ambiental, relacionadas con la definitiva incidencia de los seres humanos sobre el deterioro ambiental del planeta.

De acuerdo con lo anterior, a las lecturas estructuralistas iniciales el artículo, trabaja ahora una explicación anclada en el examen de la red de valores que inspira la visión ideológico-religiosa del mundo occidental cristiano, buscando determinar su incidencia en la flagrante irracionalidad imperante en este problema. Intentando una demostración por el absurdo, se puede probar que la suma de irracionalidades previamente expuestas, tendría al final una solución racional, que se extrae de examinar otras irracionalidades basadas en el peso social que poseen determinadas creencias teleológicas (Russell, 2003). Se trata de un imposible fáctico el explicar estas creencias, el escenario de la depredación del ecosistema agitada por el cultivo y tráfico de psicoactivas, quedaría reducido a una mezcla de irracionalidades: las unas, de orden estructural, las otras, de orden superestructural ideológico, en las que aparecería racional, explicar las dificultades que enfrenta solucionar el problema de la depredación del ecosistema a la luz de la red de valores religioso-ecológicos. Con otras palabras, podría ocurrir que la irracionalidad económica imperante, pudiera ser explicada por la irracionalidad teológica que emplean los gobernantes, de modo que pudiera zafarse el nudo gordiano utilizando herramientas irracionales utilizando, filosóficamente, la

fórmula algebraica de “menos por menos, da más” (Congote 2004, Caps. II, III. Congote, 1998).

Con base en la sinrazón de esta suma de razones arriba denunciadas, bien se podría avanzar en la comprensión de por qué las políticas que incentivan la depredación, justificadas en la presunta búsqueda del mal menor, no poseen sustentación teórica económica pero sí tendrían determinadas explicaciones en las irracionalidades religiosas, las cuales una vez desveladas, podría parodiarse, en este caso, la trama que demuestra cómo “el emperador está desnudo” (Andersen, 1843). Entrando a detalles, Thoumi ha propuesto al respecto que

“(...) las drogas ilegales(...) generan costos sociales pero las políticas represivas también lo hacen... Quienes apoyan el prohibicionismo(...) [les] atribuyen estos costos a los productores, narcotraficantes y consumidores(...) [de modo que] cuando se está luchando contra el mal, las consecuencias no deseadas de esta lucha se deben al mal mismo. Otra vez esta lógica es consistente con el origen religioso del prohibicionismo, pero no con un enfoque científico.” [Más recientemente, el argumento se ha consolidado dado que] “(...) la contribución de las ciencias sociales a la formación del RICD fue mínima y [quienes] participaron en ella se movían impulsados por concepciones ideológicas muy fuertes sobre el consumo de drogas, la naturaleza del crimen, y sobre la estructura y evolución de las sociedades, que desde entonces han sido ampliamente revaluadas sobre bases científicas. (Thoumi, 2008. 2011)⁵.

Oscura alianza entre dos ideologías.

Dentro de este marco analítico, el importante papel político de los Estados Unidos en el diagnóstico y tratamiento del problema, surge coherente con su filosofía puritana. Una que encontró múltiples justificaciones en el creacionismo evangélico regenerado durante el período evangelista del régimen Bush y sus aliados en Gran Bretaña entre los años 2000 y 2008 (Congote, 2008, 2007, 2006; Robinson, 2008; Chiesa, 2008). No aparecería gratuito hoy, por tanto, que una nota editorial de The Wall Street Journal, afirmara hace diez años que “(...) la Policía colombiana, esperando disipar los temores de los “oh, qué puros” norteamericanos amenazados por los colombianos carentes de moral, haya estado incrementando sus esfuerzos por erradicar cultivos, encarcelar a los capos y destruir laboratorios en las selvas” (THE WALL STREET JOURNAL, 1997).

Dado que la drogadicción de la sociedad estadounidense contradice su fantasía puritana, los productores de psicoacti-

5 RICD es una acepción que tipifica al Régimen Internacional de Control de Drogas.

Artículos

vos desde Colombia hasta Afganistán, resultan siendo vulgares satanes corruptores de la supuesta pureza luterocalvinista que bendice a los Estados Unidos, un pecado colectivo que, siguiendo el orden racional del irracionalismo teológico, deberíamos pagar con nuestra propia sangre y la destrucción de nuestro hábitat tal y como en efecto ha venido ocurriendo en Colombia desde la década de los 80 del siglo XX. Para agravar las cosas, el hecho de producir la droga que consumen los ciudadanos que habitan una sociedad que se autodefine como máxima expresión de la pureza, al ser presentado ideológicamente como un “pecado” en un régimen como el colombiano, secularmente autoconvencido de estar siendo víctima del pecado original inoculado por el catolicismo, la habría convertido en aliado incondicional de la trampa puritana, ya no sólo para cometer yerros en lo económico y lo militar sino, lo más importante, para justificar sus patologías religiosas expiando este pecado cometido contra los estadounidenses. De esta forma la suma de las patologías puritana evangélica con la culpabilista católica colombiana, habría resucitado en pleno siglo XX viejos anclajes que, como lo sugiere el artículo, estarían removiendo las tumbas de los clásicos liberales, conduciendo a que los estudios económicos se vuelvan una disciplina socialmente inútil.

El narco consumo y el “Síndrome Disneylandia”.

A sabiendas de que el consumo adictivo de drogas corresponde a una realidad patológica de la franja moderna de Occidente, cada vez es más claro que en particular los estadounidenses no tienen manera de asumir críticamente esa tara. No en vano el informe de la ONU para 2004 señalaba que 1 de cada 2 adictos eran habitantes de Estados Unidos (Rangel, 2005). Por lo tanto, cada vez resulta más claro que siempre y sin fórmula de juicio otros “satanes” como Colombia, aparecerán como los responsables de lo que ocurre al sur del Río Grande, tal como se está consolidando ahora México, todos ellos sometidos en complicidad por una irracional “política anti drogas” que se reduce, por tanto, a una serie consistente de verdades mentirosas propias de campañas ideológico-religiosas.

Pasados tres años del triunfo demócrata en la Presidencia, que apareció como la posibilidad de romper las políticas republicanas sobre este tema, el balance muestra nada más que otro fiasco llevado ahora de la mano por Barack Obama. No en vano la llamada “Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia”, liderada por Fernando Cardoso, ha seguido insistiendo en que “Tenemos que romper con el tabú que impide un debate honesto” sobre este problema y más recientemente, por primera vez un Presidente colombiano en ejercicio, Juan Manuel Santos, ha lanzado hipótesis generales relacionadas

con las que podríamos llamar “rutas de legalización” (Cardoso, 2008; Gaviria, 2008).

El desnudamiento de esta trampa como de inspiración religiosa tiene fuerte soporte teórico. Examinando a Freud, vale recordar su propuesta de que a “(...) la acción de los estupeficientes... no sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior(...) refugiándose [los adictos] en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad” (Freud, 1988). Es posible que de esta manera pueda reforzarse la justificación del consumo de psicoactivos en Estados Unidos en la búsqueda (o el invento neurótico) de fronteras que la mantengan aislada del resto del mundo, para “protegerse de sus amenazas”, de modo que la drogadicción se confirmaría como un mecanismo freudianamente eficiente, para avanzar hacia el patológico encierro autista (Congote, 1999).

La develación de este diálogo de sordos afectados por un común denominador ideológico-religioso, ayudaría a entender también por qué la dirigencia colombiana en particular, ha caído reiteradamente en la trampa de creer que en verdad tienen en los Estados Unidos un “socio” en este asunto. El artículo intenta mostrar que, al contrario, nunca ha sido viable una asociación honesta cuando atravesada por patrones patológicos, sino que, al contrario, este tipo de alianzas sólo contribuye a profundizar la enfermedad de sus miembros. De allí que como se ha visto, a no ser que los hechos demuestren lo contrario, sin importar los costos en que sigamos incurriendo los satanizados productores del mal, los Estados Unidos insistirán en que todo su país es un Disneyland perfecto, amenazado por el terrorismo narcotraficante de nuestros países “corruptos” e “impuros”.

En este contexto puede apreciarse también otra fase del síndrome detrás de la guerra contra Irak y ahora, el recrudecimiento de la presencia norteamericana en Afganistán, consistente en que “Los hacedores de política de los EU continúan encontrando razones para... [mantener] la tradición(...) burocrática(...) de culpar siempre a alguien más sobre el problema de las drogas” (THE WALL STREET, 1997). Acotando al respecto, que la posición de Barack Obama sobre este enfoque de la “guerra contra el mal” desde el comienzo apareció como un mal augurio para la hipótesis manifestada arriba, en el sentido de que se podía esperar poco de la política demócrata estadounidense en torno al problema de las drogas.

El “Síndrome Disneylandia” resultaría, por tanto, una interesante herramienta para entender, desde su irracionalidad, el significado de una política que eliminando la incidencia

fáctica del ser humano en la conservación del ecosistema, en Estados Unidos o en Colombia el narcoconsumo o el narcocultivo depredan el ecosistema, no sólo por la vía de ingentes pérdidas humanas ineptas para contribuir al producto nacional, sino por la extinción de zonas ecológicamente limpias gracias a la penetración indetenible sobre la frontera colonizable. Sumado este diagnóstico psicosocial, al estructuralista previo basado en fundamentos económicos centrales, la visión ecológica pura como arma para entender este problema no tendría relevancia porque estaría abocada a la derrota a manos de los nuevos cruzados modernos de “la lucha contra el mal”.

¿Y la escatología judeo cristiana?

A la luz de la red de valores judeo cristianos imperante en Occidente y muy particularmente en América, debe ponerse de relieve que la vida humana sobre la tierra es considerada por esa ideología como un fenómeno pasajero, animada como está en una promesa mesiánica fundamental basada en un “más allá” presuntamente redentor. Por consiguiente, es “racional” para estos creyentes que el celestial sea el estado de vida que merezca el depósito de todas las grandes esperanzas del ser humano, razón por la cual puede comenzarse a entender el desdén cultural de ciertos Estados por “lo terrenal” y, por ende, las innumerables amenazas que padece la conservación del ecosistema planetario en sociedades influidas por estos preceptos (De Loyola, 1947).

Con base en esta hipótesis, podría evaluarse la fuerza de otra relacionada con cuánto y cómo ésta concepción religiosa imperante en Estados cuya sociedad está cargada de un lastre ideológico religioso mesiánico, les lleva a enfrentar grandes dificultades para diseñar políticas públicas ecológicas conservacionistas como se prueba actualmente, dado que en su escala de valores, la sostenibilidad del ecosistema perfectamente aparece como un objetivo apenas secundario.

De acuerdo con la visión del que Nietzsche dio por llamar “ideal ascético”, el ideal judeocristiano podría asociarse a un claro “desprecio por la vida” entendido como una forma de vida desahogada de todo lo que signifique para el hombre afrontar el devenir, arriesgando siquiera algo por la suerte de su entorno plantearlo. Nietzsche proponía esta hipótesis afirmando que

“Esta vida junto con todo lo que a ella pertenece – naturaleza, mundo, la esfera eterna del devenir y la caducidad – es puesta por [el ideal ascético] en relación con una existencia completamente distinta de la cual es antitética y excluyente, a menos que se vuelva contra sí misma, que se niegue a sí misma; en este caso(...) la vida es considerada [sólo] como un

punto hacia aquella otra existencia” (Nietzsche, 1994, : 136 y siguientes. Ídem, 1993).

En paralelo, la propuesta nietzscheana podría tener una lectura moderna de corte kunderiano ligada a la insoportable levedad del ser, pues Kundera hablando de su “Gran Marcha”, propuso que esa supuesta levedad del ser encajaba con la pretensión ideológico-religiosa de convertir al paso por esta vida sólo como un puente hacia la otra existencia. (Kundera, 1987).

Las críticas de Nietzsche y Kundera, se leen en este artículo en el sentido de que a un ser humano presentado ideológicamente como “creado a imagen y semejanza de seres que rozan la divinidad” pero en realidad inmerso en un presente denso, corruptible y perecible asociado a su ecosistema, se le ha hecho insoportable enfrentar esta contradicción religiosa, que le hace leve por su presunta ascendencia divina, pero al tiempo, perecible como lo percibe natural de su propia vida sobre el planeta (Nietzsche, 1993). Resulta fundamental percibir entonces lo difícil que le puede resultar a un ser educado bajo la idea de que ha sido concebido a imagen de las divinidades, supervivir en medio de una materialidad corrupta, contradicción que le induciría a que su responsabilidad en la conservación del hábitat resultare secundaria – desde una óptica pasiva- y depredadora –desde una óptica activa- (Fromm, 1990).

Obsérvese de qué manera esta trágica concepción de la vida y del mundo de la vida, que llevan al ser humano a estar destinado a una salvación futura en medio de un presente despreciable, podría legitimar la idea de que los humanoides amparados en su presunta filiación divina, hallaran en ella patente de corso para volverle la espalda a toda concepción que les comprometiera con la conservación de un espacio que les ha sido presentado doctrinalmente ni más ni menos como un “Valle de Lágrimas”.

No de otra manera se podría entender por qué el comportamiento depredador del ser humano dotado de connotaciones suicidas, no le merezca atención alguna si al fin y al cabo cada hombre es un predestinado para el más allá sin responsabilidades algunas en el más acá. Ello permitiría entender que no sea fácil hallar en la historia de la vida hasta hoy, antecedentes de una especie que, como la humana, se hubiera lanzado a depredar el hábitat que le da abrigo vital. Surgiendo de lo anterior, antes que respuestas, una serie de preguntas cuya solución contribuiría a resolver este aparente enigma acercándonos a la propuesta de una sociedad que renuncie “(...) a los fuertes presupuestos tanto cosmológicos como relativos a la historia de la salvación que caracteriza-

Artículos

ban a las doctrinas clásicas y religiosas del derecho natural” (Habermas, 2005:2). Propuesta susceptible de ser reforzada por la nietzscheniana, según la cual

“(…) el contraste de nuestra efímera existencia agitada con el reposo de largo aliento de las épocas metafísicas, es todavía demasiado fuerte dado que ambas épocas están demasiado cerca entre sí; el mismo individuo debe atravesar hoy demasiadas evoluciones interiores y exteriores para atreverse a establecer algo duradero y de una vez para siempre tan sólo para su existencia personal” (Nietzsche., 1993: 31,32).

“Al hombre ya no lo derivamos del <espíritu>, de la <divinidad>, hemos vuelto a colocarlo entre los animales... El hombre no es en modo alguno, la corona de la creación, todo ser está, junto a él, a idéntico nivel de perfección. (Nietzsche, 1995, No.14)

Algunas preguntas finales.

Surgen, entre muchas otras, estas preguntas por resolver en cabeza de quienes aparezcan animados por un genuino espíritu amante de un tratamiento racional del problema que nos ocupa, asfixiado como se encuentra en un mar de irrationalidades:

- ¿Qué tanto está ligada a la depredación ecológica una concepción de la vida, que se le ha vendido al ser humano como pasajera, dado que no es sino un pasajero de un planeta cuya historia parece, al contrario, rica en sabiduría cósmica y biológica?
- ¿Qué grado de responsabilidad en la depredación puede aplicárseles por tanto a las ideologías religiosas judeocristianas que lanzan al hombre a asociar su salvación con la destrucción, o cuando menos, la indiferencia frente a la destrucción de su planeta?
- ¿Qué sentido tendría conservar este presunto “valle de lágrimas”, se dirían aquellos creyentes, cuando la salvación se encuentra en tiempos y espacios ajenos al presente vital?
- ¿Qué sentido tiene para un ser humano denso, perecible y corruptible aquí y ahora, ser consciente de las también densidad, perecibilidad y corruptibilidad de su hábitat, cuando teológicamente ha sido deformado en la concepción de que

una vida mejor, la que le llaman “verdadera” vida, se hallaría lejos de su aquí y de su ahora?

- ¿Qué tanto se haría forzoso, por tanto, observar con detenimiento la cultura conservacionista de los ecosistemas que caracteriza a los seres mal llamados “menos racionales”, para entender por entre los pliegues densos, corruptibles y perecibles de sus nidos y madrigueras, la sabiduría implícita en la necesidad de conservar sano y sostenible el medio ambiente?
- ¿Qué tanto esos seres que osamos mal llamar “irracionales”, nos pueden enseñar que la razón por la cual no depredan su hábitat, bien podría hallarse en que su escala de valores (léase: percepciones) no les plantea contradicción alguna entre el ser y el estar?
- Y, por consiguiente, ¿qué tanto es la tragedia humana expuesta por la religión como una batalla entre su ser y su estar, fuente de explicaciones alternativas para entender por qué le queda al humano creyente esas fantasías tan difícil amar y conservar su hábitat?
- ¿Qué importancia puede tener, entonces, enfocar holísticamente el problema conservacionista del ecosistema, invitando además de considerar el valor de los argumentos estructurales, algunos de ellos aquí expuestos, también a que las ideologías religiosas expongan sus pretensiones de verdad como inspiradoras de un proceso degradante que se anuncia de alta tensión desde ahora y en adelante en este siglo XXI?
- ¿Qué expectativas sanas pueden abrigarse en relación con una modificación a fondo de la política denominada “anti drogas”, ligada como está íntimamente, antes que a exponer argumento racional alguno, a proteger creencias cuya “racionalidad” les devela, fácticamente, irracionales?
- ¿Ya que la Teoría Económica ha resultado despreciada por sus propios inspiradores anglosajones, podrían la Teología Política y la Filosofía contribuir a desenredar ésta que aparece como una madeja incomprensible, a la luz de los paradigmas clásicos, adquiriendo alguna claridad si se la enfocara más bien como producto del imperio de una red de valores afectados de escatologías, que invita al hombre a odiar su propio hábitat porque tiene, presuntamente, un mero carácter de pasajero sobre el planeta?

Referencias Bibliográficas

- Andersen, H. (1843). “El traje nuevo del emperador” en Cuentos de Andersen, Bogotá: Universales.
- Cairncross, F.(2001, agosto3) “Deteniendo la droga”, El Espectador. CARDOSO, Fernando et.al, 2009, “Cardoso, Gáviria y Zedillo piden que Obama despenalice marihuana”, Buenos Aires, La Nación, www.lanacion.com.py, consulta de 2009-02-12.
- CHICAGO (CBOT), 2011, “Reporte diario de precios a futuro del trigo”, Chicago: disponible en www.cmegroup.com, consulta de enero 3 2011
- CHIESA, Giulietto, 2008.”Guerra y mentira”, disponible en www.redvoltaire.net consulta de enero 15 2008
- CLINTON, Bill, -2000, Bogotá: El Tiempo, edición 2000-01-26.
- 2000, “Discurso ante el Congreso de EU” Bogotá: El Tiempo, edición 2000-01-28.
- CONGOTE, Bernardo. - 2008, “El ‘democratismo’, ¿otra religión política?”, Bogotá: Le monde diplomatique / el diplo, edición Marzo.
- 2007, “Racismo, religión y hegemonías guerreras”, Bogotá: Le monde diplomatique/el diplo, edición Abril 2007.
- 2006, “Hacia una lectura biopolítica de la <guerra preventiva>”, Bogotá: Le monde diplomatique/el dipló, edición Marzo.
- (2004). Anatomía religiosa de la guerra,;. Tesis de Maestría de Ciencia Política. Universidad de los Andes. Bogotá
- 1999, “Efecto drogadictivo del puritanismo”, Bogotá: La República, edición 1999-03-09.
- 1998, “Teosofía ecológica” Una aproximación”. (Inédito).
- (1972, febrero 12), “Leyes vs. Realidades”, El Siglo,
- DANE, 2010, “PIB por Oferta. Precios corrientes, Serie 2000-2007, Base 200”, Bogotá: disponible en www.dane.gov.co / Económicas
- DE LOYOLA, I. (1947). Obras completas de Ignacio de Loyola. Tomo I. Madrid: BAC..
- DIARIO El Tiempo, -2000. Bogotá. Edición de 2000-01-26.
- 2007. “Histórico decomiso de cocaína“. Bogotá, edición de 2007-05-01.
- 1997. “EU. Se queda con narco ganancias”. Bogotá. Edición de 1997-09-06.
- Freud, S. (1988). El malestar en la cultura, Madrid: Alianza.
- Fromm. E. (1990), ¿Tener o ser? México: FCE.
- Garay, L. (1999). Construcción de una Nueva Sociedad. Bogotá: Tercer Mundo.
- GAVIRIA, Alejandro, 2009, “La estrategia prohibicionista”, Bogotá: El Espectador,edición de 2009-02-15.
- GÓMEZ, Hernando, 1997, “ Los costos del narcotráfico”, Bogotá: El Tiempo, edición de 1997-09-15.
- GRASSLEY, 2007, “Drástica caída en precio de cocaína en las calles de E.U”, Bogotá: El Tiempo, edición de 2007-04-26
- Gühl, E. (1997, agosto 10). “Mucha decepción, alguna esperanza”. El Tiempo.
- HABERMAS, Jürgen, 2005, “Temas de debate”, Buenos Aires: La Nación, disponible en www.lanacion.com.ar consulta de Mayo 14 2005.
- HASTERT, Dennis, 2005, “Asistencia a Colombia debe continuar”, Bogotá: El Tiempo, edición de 2005-06-15.
- Hawking, S. et.al. (2010), El gran diseño. Bogotá: Planeta.
- Hurtado, A. (2011, enero 11). “La pobre Manuelita”, Bogotá: El Tiempo, Innerarity, D. (2010, “El clima ya no es lo que era”, Madrid: El País, disponible en www.elpais.com consulta de 2010-11-30.
- INTERGOVERNMENTAL PANEL FOR CLIMATE CHANGE (IPCC), 2007. “Fourth Assessment Report. Climate change 2007: Climate change impacts, adaptation and vulnerability”, www.ipcc.org consulta de 2007-04-06.

Artículos

Klisberg, B. (2007, abril 13) “Una nueva desigualdad”, La Nación, recuperado el 13 de abril de 2007, de <http://www.lanacion.com.ar/899534-una-nueva-desigualdad>Kundera, M. (1987), La insoportable levedad del ser. Madrid: Tusquets.

LOPERA, Jaime, “Las cifras oficiales de la coca en Colombia”, Bogotá: Portafolio, edición de 1998-01-29.

Nietzsche, F. (1995). El Anticristo, Madrid: Alianza

(1994), La genealogía de la moral. Un escrito polémico. Madrid: Alianza.

(1993). Humano, demasiado humano, Madrid: M.E..

Rangel, A. (2005, junio 13) “Coca para rato”, El Tiempo,

ROBINSON, Eugene, 2008, “The Price of their security” Washington: TWP: disponible en www.thewashingtonpost.com, consulta Dec 23 2008.

Russell, B. (2003), Religión y ciencia, México: FCE.

Samper, C. (2010, marzo 21). “Colombia no está sacando provecho de su biodiversidad”, El Espectador, P. 18-19.

SCOTT, Peter , 2011, “¿Afganistán-Estados Unidos una geopolítica mundial del comercio de las drogas.El opio, la CIA y la administración Karzai”, Disponible en www.redvoltaire.net, consulta de 2010,12,27.

SEMANA, 2011, “Precio del opio afgano casi se triplicó en 2010”. Bogotá: Revista Semana, disponible en www.semana.com, consulta de 2011-01-03.

THE ECONOMIST, 2009, “How to stop the drug wars”. Londres: Edición 2009-03-05.

THE WALL STREET JOURNAL - 1999. BogotáEl Tiempo, reproducción de 1999,12-23.

-1997, “¿Problema antidrogas de quién?”, Bogotá: Diario El Tiempo, disponible en edición de 1997-09-03

THE WASHINGTON POST, 2011, “US- funded infrastructure deteriorates once under afgan control”. Washington: TWP, disponible en www.thewashingtonpost.com, consulta de 2011-01-03.

Thoumi, F. (2011, “Para avanzar en el debate mundial sobre las drogas: Carta abierta al presidente Santos”, Bogotá: Razón Pública, disponible en www.razonpublica.com, Edición de Noviembre 20 2011.

-2008, “Una propuesta ingenua para regular los mercados de drogas que alteran la mente”, Bogotá: Razón Pública, disponible en www.razonpublica.org. Edición 2008-08-28

- 2008 a, “¿Las cifras no mienten?” Bogotá. Diario El Tiempo.

(1996). Economía política y narcotráfico. Bogotá: Tercer Mundo.

UN (International Drug Control Program), 1997, World Drug Report, Oxford: Oxford University Press.

Washington Office for LatinAmerica, (WOLA), (2004, diciembre 1) “Negro informe sobre lucha antidrogas”, El Tiempo

Zajec, O. (2010, noviembre) “China tiene la llave”. Le monde diplomatique. Recuperado de http://www.eldiplo.info/mostrart_articulo.php?id=1196&numero=95